

COLEGIO SALESIANO - HUELVA



Queridos hermanos:

Siempre es doloroso anunciar la muerte de un hermano, pero en esta ocasión nos es doblemente doloroso hacerlo, por ser el primer salesiano que queda definitivamente en Huelva, comunidad relativamente joven, y por lo imprevisto de su fallecimiento.

Así ha ocurrido con nuestro hermano

D. Manuel de Dios González

sacerdote, de setenta y tres años, que acababa de regresar del retiro trimestral que la familia inspectorial había celebrado en la casa de espiritualidad de Sanlúcar la Mayor, como preparación a las fiestas de Navidad.

Fue en el mismo salón comedor durante la cena, cuando de manera fulminante le sorprendió la muerte a causa de un paro cardíaco.

Días antes se había sentido algo indisposto por ciertos dolores en el pecho y que el médico diagnosticó simplemente como consecuencia de gases en el estómago, ya que su corazón, según palabras del propio médico y a juzgar por el electrocardiograma que se le realizó, tenía la vitalidad del de un niño.

Ahora todos pensamos que fue un aviso del fatal desenlace que le ocurriría pocos días después.

Fue para todos los miembros de esta reducida comunidad una Navidad triste, muy triste, pero esperanzada por la plena confianza de que D. Manuel la anticipó unas horas, para poderla celebrar en el Cielo con toda la familia salesiana.

La vida de nuestro hermano se podría sintetizar en estas pocas palabras: Hombre sencillo, servicial y buen religioso. Quedaría todo dicho.

Nace en tierras gallegas el 1 de junio de 1909 en Quintas de Coedo (Orense), de una familia de labradores, y entre gente sencilla, humilde y trabajadora. Siempre conservó un arraigo entrañable a su terruño.

En el año 1925, a los dieciséis años, llega a Cádiz, entonces Seminario Salesiano, abriendo la marcha vocacional entre sus hermanos.

Su vocación, desde el primer momento, apareció como algo sólido y no exento de pruebas, a juzgar por lo que un día dejara escapar haciendo el servicio militar en Marruecos, apenas terminado el noviciado en 1930.

Le hicieron sufrir mucho las defeciones vocacionales; fue éste uno de sus sufrimientos íntimos más agudos y callados.

En sus estudios descolló por su preparación y seriedad. Terminado el servicio militar se incorpora al Estudiantado Filosófico en San José del Valle desde 1931 a 1933.

Los años de vida práctica o trienio los realiza en Morón, Pozoblanco, Córdoba y Utrera.

Los estudios de Teología le llevan de nuevo a Utrera y a San José del Valle, para concluir en Madrid (Carabanchel), con la ordenación sacerdotal en 1941. Tenía treinta y dos años.

Podría llamar la atención a quienes observen el «curriculum» de D. Manuel como sacerdote, el advertir los numerosos Colegios por donde pasó y la gama de cargos que ocupó hasta su muerte. La causa no hay que buscarla en otros motivos más que en su generosa disponibilidad, su confianza en Dios, su amor a la Congregación y su incansable deseo de trabajar donde fuese.

Esta actividad sacerdotal la desarrolla:

- En Sevilla-Triana, Málaga y Morón como Catequista (1941-49).
- En 1949 vuelve de nuevo a Sevilla-Triana como administrador.
- El mismo cargo desempeña en Córdoba, San José del Valle, Alcalá de Guadaira y Puerto Real hasta 1971.
- Una etapa de once largos años de trabajo tiene por escenario Algeciras como Párroco y Director (1954-1965).
- La Línea de la Concepción, Utrera, La Palma del Condado como confesor, y nuevamente San José del Valle como coadjutor de la Parroquia son las etapas que anteceden a su llegada a este Colegio de Huelva en los primeros días de septiembre de 1982 y que ha de significar su última meta como buen religioso y administrador fiel del Señor, hasta completar cincuenta y dos años de entrega al servicio de Dios y de almas en la Congregación Salesiana.

Como salesiano y sacerdote hay que destacar en toda su vida religiosa una clara transparencia de sentida y sincera piedad siempre edificante.

Tuvo un comportamiento sacerdotal digno, así en las celebraciones litúrgicas como en la administración de los sacramentos. Era piadoso y exigente consigo mismo en el rezo del breviario, al que se entregaba diaria y constantemente con gran devoción, constituyendo para él una obligación casi escrupulosa.

Atendió con gran celo a los grupos apostólicos de su tiempo, con el vivo deseo de favorecer su desarrollo en número y, sobre todo, en calidad de vivencias cristianas familiares con espíritu evangélico.

Numerosas amistades de Córdoba y Algeciras, con las que mantenía constante correspondencia, atestiguan esta entrega en favor de la formación de estos grupos familiares.

Con fino sentido del humor, era agradable dialogar con él. Ponía su máximo interés en resolver problemas de unos y de otros, hasta el extremo de pedir y buscar para los demás apoyos y atenciones que para sí jamás intentaría solicitar, ni en caso de necesidad.

Fiel a la amistad, no dejó de incrementarla con sacrificio personal en muchas ocasiones.

La pulcritud y el orden en toda su persona y en los objetos de su uso fue fiel reflejo de un alma limpia, consagrada al Señor y al servicio del prójimo. Corazón noble, agradecía profundamente cualquier delicadeza que se tuviera con él, en particular si era inesperada.

Supo sufrir, con callada resignación cristiana, angustiosas situaciones personales y comunitarias que circunstancias difíciles le presentaron, y a las que hizo frente con especial sentido religioso.

Su amor a la Congregación lo traducía fácilmente. Sintió como propios los problemas de la Inspectoría y de las Casas por donde pasó, siendo muy sensible en la administración de los bienes materiales.

Transparentaba su sencillez particularmente disfrutando de las alegrías comunitarias, donde siempre ocupaba el primer puesto de servidor a los hermanos en los pequeños e insignificantes detalles que a cualquiera hubiese escapado menos a él.

Otra muestra de su amor a todo lo salesiano fue el empeño especial que tenía porque nuestra prensa, particularmente el «Boletín Salesiano», llegase al mayor número posible de personas. Estaba seguro de que la buena palabra escrita hace mucho bien a sus lectores.

Cuando mensualmente, él mismo iba por las clases repartiendo el «Boletín Salesiano» a los alumnos, les decía: «Si no te interesa la revista, dálala al amigo, al vecino; pero nunca la rompas ni la tires».

Punto y aparte, como auténtico hijo de Don Bosco, merece su devoción y amor a María Auxiliadora. Sus mejores detalles, para Ella. Las mejores flores de su incipiente jardín, para Ella. Sus visitas frecuentes y calladas, para Ella. En los cortos meses que permaneció en Huelva colaboró eficazmente con la pujante Asociación de María Auxiliadora que existe en el Colegio, haciendo que las «capillitas domiciliarias» aumentasen considerablemente, para que no faltase en ningún hogar la presencia de la Virgen.

Dios es el que da la recompensa, pero también los hombres saben hacerlo en este mundo con sus amigos. Sus funerales fueron la expresión del cariño y aprecio al siervo bueno, fiel y prudente que en pocos meses supo ganarse el corazón de la Familia Salesiana en Huelva.

El señor Obispo de la Diócesis, D. Rafael González Moralejo, quiso unirse al dolor de esta Comunidad presidiendo los funerales junto con el Vicario General y el Secretario Canciller. La Misa fue concelebrada por numerosos sacerdotes salesianos que se desplazaron desde todos los Colegios de la Inspectoría para dar el último adiós al querido D. Manuel.

¡Qué descance en paz!

Os pedimos un recuerdo por su alma y una oración por

La Comunidad Salesiana de Huelva

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote D. MANUEL DE DIOS GONZALEZ, nació en Quintas de Coedo (Orense) el 1 de junio de 1909. Murió el 23 de diciembre de 1982 en Huelva, a los 73 años de edad, 52 de Profesión religiosa y 41 de Sacerdocio.